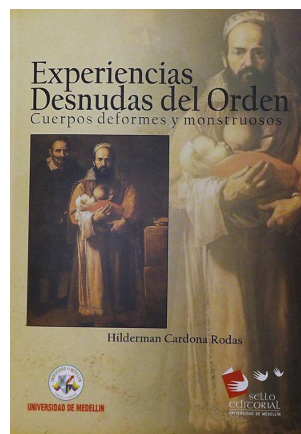


## Experiencias desnudas del orden. Cuerpos deformes y monstruosos

Hilderman Cardona Rodas  
Medellín: Universidad de Medellín, 2012

Por José Humberto Ospina Rojas<sup>1</sup>



La lectura del libro *Experiencias desnudas del Orden. Cuerpos deformes y monstruosos* plantea el reto de hallar el vínculo orgánico entre Medicina, Biología e Historiografía durante el siglo XIX. Ese vínculo se encuentra en el concepto de “selección natural interna”. Para comprenderlo a cabalidad es necesario un recorrido precedente, así:

En la parte I (La fuga del doble) se esboza la Idea bajo la cual el cuerpo deforme se halla sometido a la forma, es decir, a las mismas leyes que rigen el desarrollo y evolución del cuerpo normal. A esta idea se le suma, a modo de corolario, la exclusión de cualquier otra manera de comprender o explicar la naturaleza del cuerpo deforme que no sea la estrictamente científica, ó al menos, la que hoy por hoy se comprende bajo este rótulo. Aquí se encuentra justificada la inclusión de dos principios de la lógica: el principio de identidad, comprendido de manera objetiva, o más exactamente ontológica: de una premisa verdadera solo se deducen conclusiones verdaderas; y el principio del tercero excluido.

La parte II (El doble y el velo ideológico), la más extensa, ataca el problema de la Apariencia. Podemos imaginar al Centauro Quirón enseñando a Aquiles el modo de tocar la lira, pero no podemos imaginar “objetivamente” a un ser mitad hombre y mitad caballo, porque no es posible someter el hecho a una

<sup>1</sup> Economista de la Universidad de Medellín, investigador privado en las áreas de filosofía y economía política, ha publicado traducciones sobre filosofía francesa en la revista *de Extensión Cultural de la Universidad Nacional*, ensayos sobre crítica literaria en la revista *Contextos* y en la revista institucional de la Universidad de Medellín, ha sido colaborador en el Taller de Literatura de la Universidad Nacional dirigido por el historiador y poeta Luis Fernando Cuartas. Correo electrónico: [eldivan@colombia.com](mailto:eldivan@colombia.com)

relación de causa y efecto, y esto porque no es posible alcanzar la velocidad de la luz, es decir, es posible configurar, en una misma percepción, a un hombre o a un caballo, pero con “distintas” materias; a su vez, la trayectoria luminosa reconfigura la imagen nuestra, como observadores de aquel caballo o de aquel hombre, también con “distintas” materias, pero siempre la percepción final y acabada, la diferencia en la diferencia, revierte, para la ciencia, como algo idéntico: ese hombre o ese caballo. ¿De dónde entonces la imagen del centauro?

El tiempo no tiene dirección y, la trayectoria del rayo de luz deja “huellas” que el aparato psíquico capta a través de intuiciones profundas, reconfigurando las materias genuinas (pero degradadas en su nivel energético) como percepciones “no genuinas”.

De ahí que en el mundo de la apariencia lo distinto de lo distinto no sea lo idéntico y que, sin el ser humano, el Centauro con la Lira carezca de todo sentido y de toda belleza.

Aquí no vale el principio del tercero excluido; por lo demás, en el mundo de las apariencias (de lo humano) se presentan tanto imágenes fantásticas como genuinas: hay sueños premonitorios como teorías científicas.

Esto permite concluir que la percepción del Centauro Quirón, para seguir con el ejemplo, es falsa, en cuanto que no puede ser validada objetivamente, pero la conclusión es verdadera; en la vida diaria se extraen conclusiones verdaderas de premisas falsas, aunque a veces se tenga clara conciencia de eso. El reino de la apariencia señala que se puede concluir algo falso o algo verdadero de premisas falsas, mientras el ámbito de la ciencia exige que una conclusión verdadera solo pueda derivar de una premisa verdadera. Este dualismo o esta dualidad lógica albergada en una misma conciencia es lo que en el escrito se denomina “El doble”.

Lo que se ha llamado cuerpo deforme lo es “para el ser humano”, pero si se atiende a lo dicho arriba, no hay razón alguna para no creer que desde la apariencia no se haya filtrado el error al momento de observarlo y someterlo al análisis por parte de la ciencia médica; en ese estado de cosas, el único recurso válido de aproximación al tema se halla en la genética y propiamente en el concepto de “selección natural interna”, pues allí se encuentra legitimada dicha oposición valorativa bajo la forma paradójica cuerpo anómalo-cuerpo no anómalo; esto se encuentra claramente explicado en la parte III (La fuga del doble).

La parte IV, correspondiente al anexo, es un intento por equilibrar los términos de la paradoja. La naturaleza humana siempre oscila entre ambas instancias valorativas: la que exige el quehacer científico frente a la que postula lo aparente; en el intento se encuentra que uno de los dos términos siempre tiende a “desbordar” al otro; en la cultura occidental la máxima cota de “desborda-

miento” la indica la obra del Marqués del Sade; la obra de Sade es el escenario donde la razón se desnuda a sí misma y se muestra como razón impura a través de una honda reflexión sobre el misterio de la vida. Sade sacude a la filosofía de su coraza dialectal y local y la obliga a la universalidad, aunque a partir de allí, el pensamiento subsecuente nunca se hallará libre del riesgo de caer en una argumentación “atemporal”; para desgracia y para fortuna de la especie, la mera existencia de un cuerpo anómalo (deforme) constreñirá una y otra vez al pensamiento a resituarse como pensamiento anómalo.